



Facultad de Ciencias Económicas
Universidad de Buenos Aires



Sufrimiento, goce y peronismo una réplica a Jorge Halperin

Alberto Müller
CESPA-FCE-Universidad de Buenos Aires

Nota Breve N°70

01/06/2023

En su contratapa del 7 de junio de 2023 en el diario Página 12, Jorge Halperin desarrolla una reflexión acerca del auge de la intención de voto para la derecha, siendo que ella no se priva de decirnos cuál será su programa, como bandera ganadora para la próxima elección. Un programa que promete recortes en programas sociales, disciplinamiento, y contracción del Estado. Halperin se muestra perplejo ante un escenario donde mayorías prometen el voto en favor de políticas abiertamente contrarias a sus intereses. Y reencuentra en esa propensión la idea clásica – y antigua – de que el bienestar requiere un sacrificio previo (en el extremo, está el martirio, para el que el bienestar está asegurado, pero en la otra vida).

Contrapone a esta idea del sacrificio la vocación por el goce inmediato para esas mayorías que caracteriza al peronismo. Esa promesa de bienestar difundido es además el fundamento del odio antiperonista.

Porqué entonces esta renuncia al goce, se pregunta Halperin. Su respuesta hace eje en el fracaso del actual gobierno peronista en cumplir con esa promesa; menciona una dramática situación social, que se contrapone a la de sectores medios y altos claramente favorecidos. Esta frustración lleva a los votantes a optar por otras alternativas, como una suerte de desquite o lección a quiénes los defraudaron.

El argumento de Halperin tiene mérito, y contribuye a comprender los números de las encuestas, que reflejan la convergencia a una misma opción de los decepcionados por este gobierno y de los beneficiados. Éstos últimos – agregamos – antiperonistas irremediables, que viven maldiciendo a la administración actual, mientras disfrutan de su condición de salvados de la miseria, eventualmente desde Miami o Europa. Pese a que el bienestar de unos comporta el malestar de otros, ambos votan a la derecha, sea a la alianza liberal-radical o a la opción libertaria. De los presuntos tres tercios – las elecciones de este año dirán si es así – dos estarían en este conjunto.

Este argumento es a mi juicio muy lineal; cuando escarbamos un poco en la historia y las motivaciones, encontramos complejidades que debemos incorporar.

Av. Córdoba 2122

2do. Piso, Departamentos Pedagógicos

(C 1120 AAQ) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 54-11-5285-6583 – E-mail: dircespa@fce.uba.ar

<http://www.econ.uba.ar/cespa>

www.blogdelcespa.blogspot.com

En primer lugar, reconoczamos que la asociación del goce con el peronismo no se tan inmediata ni permanente. Yendo al primer decenio (en rigor, 9 años y poco) de gobierno justicialista, el período que más se aproxima a esta idea va de 1946 a 1949, donde se vivió una expansión de la actividad productiva y el consumo. A partir de 1950, la realidad fue otra: la restricción externa impuso políticas de contención del gasto, agravadas por la sequía de 1952 y un brote inflacionario. La voz de orden de ese momento fue la reducción del consumo y el aumento de la productividad; esta política logró incluso reducir la inflación, luego de picos entre 1949 y 1952. No fue un ajuste digamos clásico o disciplinador, como el que suelen propulsar los conocidos de siempre; pero el goce quedó más que acotado. En una llamativa coincidencia, peronismo y antiperonismo toman de ese primer decenio peronista lo ocurrido en los primeros tres años; unos para resaltar el goce, otros para destacar el despilfarro. Pero no se habla de lo ocurrido a partir de 1949 (fuerá desde ya de los historiadores y analistas). Probablemente, porque obligaría a matizar posturas maniqueas y por ende cómodas.

Y hablando de lo que no se habla, la grande, enorme excepción al goce peronista fue el otro decenio, el de las presidencias de Carlos Menem. Asistimos entonces a un profundo y acabado ensayo de modelo neoliberal, ensayo que – fuera del modo desastroso en el que terminó – introdujo a la Argentina en el conjunto de las sociedades irremediablemente dualizadas, abortando esperanzas de ascenso social de las capas menos favorecidas. Manifestaciones como la cumbia villera y los Pibes Chorros son hijos de esa década.

Una vez más, ni los voceros peronistas ni los antiperonistas hablan de lo ocurrido entonces, pese incluso a su aparatoso caída. También Halperin hace caso omiso de los '90. Solo recientemente, actores políticos de la visibilidad de Cristina Fernández de Kirchner y Javier Milei hicieron referencia a la Convertibilidad en manifestaciones públicas; desde ya, con fines críticos y apologéticos, respectivamente.

Lo que se origina en el peronismo tiene entonces complejidades que van más allá del simple goce; de hecho, hay sectores con esta identidad que hoy día comulgan abiertamente con el ideario neoliberal. Nada es simple en estos temas.

La segunda “linealidad” del argumento de Halperin pasa por la asociación unívoca entre bienestar e intención de voto. La promesa del voto adverso sería el reflejo del malestar presente.

Incidentalmente, digamos que ha habido algunas dudas acerca de si la situación social actual está correctamente medida por el indicador de línea de pobreza, que ha crecido 4 puntos entre 2021 y 2022. Por ejemplo, el salario real medio del sector registrado no ha caído, entre estos años; la participación de asalariados y trabajadores por cuenta propia en la distribución del ingreso ha crecido asimismo un punto porcentual, en desmedro de las ganancias empresarias. Agreguemos que el total de ingreso familiar estimado por la Encuesta Permanente de Hogares para 2022 es anormalmente bajo, con relación al producto total de la economía; esto sugiere la posibilidad de una subestimación generalizada de dicho ingreso.

Pero la propia tesis de que el voto responde al bienestar socio-económico es discutible. Un ejemplo contrario: el programa de reformas pro-mercado de los ‘90 fue votado una y otra vez, antes que su inconsistencia interna terminara por derruirlo. Todo ello, pese a la entronización del desempleo y la pobreza que lo acompañaron, y que golpearon a tal vez la mitad de la población. Y no está demás recordar que ya en 2003, cuando salíamos trabajosamente de la hecatombe a la que nos llevó la Convertibilidad, y en medio de fuertes cuestionamientos a la clase política, algo más del 40% de los votantes optó por los epígonos de la Convertibilidad, Carlos Menem y Ricardo López Murphy.

Parece que las motivaciones del electorado pasan por otros territorios, además de la mera constatación de sus mayores o menores penurias presentes.

El voto de la gente de a pie atiende fuertemente, a mi juicio, a dos elementos: existencia de un liderazgo unívoco e identificación de un rumbo claro. Promesas firmes y claras pueden sobreponerse a realidades penosas. Se trata en última instancia de alimentar la esperanza de un futuro mejor. No fue por otras razones que Boris Johnson se erigió en primer ministro en Gran Bretaña: delineó con claridad un programa de gobierno a partir de la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea, y enfrentó a una oposición laborista que nunca definió si estaba a favor o en contra del Brexit.

El punto de partida que puede explicar los resultados electorales que se esperan este año parece ser la elección de 2021. El gobierno fue a los comicios sin programa ni promesas ni esperanzas, a la defensiva, con una campaña electoral que de insulsa parecía diseñada por la oposición (y con la mochila pesada por la divulgación oportunista del festejo del cumpleaños de la primera dama en Olivos, un año antes). Además, era claro que se trataba un gobierno donde el liderazgo presidencial no se decantó, por esas razones que la política – más que la razón – conoce. Así, no se gana una elección.

Es más: la debacle de 2021 no fue el resultado de una fuga de votos a la oposición (salvo los aproximadamente 3 puntos que migraron a los partidos de la izquierda), sino de una elevada abstención (la propia alianza liberal-radical perdió caudal en términos absolutos, con relación a 2019). Pero no hubo luego el menor esfuerzo por interpelar a ese ciudadano desencantado, que se quedó en casa el día de la elección.

No puede sorprendernos entonces de lo que auguran las encuestas actuales; y no puede sorprendernos – dicho sea de paso – que ante la desenajada interna de la alianza liberal-radical, las intenciones de voto se hayan filtrado en favor de la propuesta libertaria, hasta hace unos meses una opción que no iba más allá de lo pintoresco. El electorado demanda liderazgo y claridad en el rumbo, no disputas internas.

No es condición suficiente, pero programa y liderazgo son requisitos para la manera virtuosa de ganar una elección, aun en condiciones económicas y sociales difíciles. Como ejemplo, en 1991 la situación social era tan mala o peor de la de hoy día (veníamos de padecer dos hiperinflaciones); y además, el gobierno de Menem enfrentaba el desafío de ir a su primera elección luego de haber incumplido sus promesas electorales de 2 años antes: el “salariazo” y la “revolución productiva”.

Sin embargo, ganó esa elección y pudo avanzar con el programa en curso. En condiciones sociales y económicas más apacibles, volvió a ganar en 1993. En la firmeza con que el gobierno de entonces aplicó el programa de la Convertibilidad y en la capacidad de alinear a propios y extraños encontramos la explicación; de hecho, ni la oposición cuestionó ese programa. Y sí, la idea que menciona Halperin de que la tierra prometida demanda un sacrificio acorde estuvo presente entonces, como siempre ocurre en programas de ajuste donde los ajustados son los que menos tienen y por lo tanto a los que más les cuestan estos sacrificios.

Esperemos que alguna vez un programa inclusivo y sostenible – y no destructivo del tejido social – gane igual consenso y encuentre un liderazgo capaz de llevarlo adelante. Por ahora, no lo tenemos.